



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora
DE PAPEL

El Porvenir
Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 16 DE DICIEMBRE DE 2018

Olga de León / Carlos Alejandro

Disyuntivas inescrutables

NO TUVE DE OTRA: DEJÓ ESCRITO.
CARLOS ALEJANDRO

Juliano despertó con la fuerte pesadumbre mental que lo mantenía inmóvil desde hacía tres meses, cuando había descubierto a su esposa besándose con un amigo en la esquina de una calle. Fue un día en que él regresaba temprano del trabajo, en su destartada pick up blanca. No comentó nada, ni siquiera chistó, ni se detuvo al verlos, solo sintió que la vida le pegaba una filosa cachetada que le reventaba el rostro. No era una situación que fuera a dejar pasar, así como así. “¿Hasta dónde habrán llegado ya el par de amantes?, ¿se conocerán desnudos?”, se preguntó. Aunque el odio hacia la pareja lo sintió de manera inmediata, no dijo una palabra cuando esa noche su mujer regresó a casa.

Vivían con los padres de Juliano, donde contaban con su propia recámara. Y desde el incidente, el nivel de agresividad de Juliano en casa y en el trabajo iría creciendo. Desde sus inicios como albañil a los doce años de edad, (una década antes de convertirse en supervisor de construcciones), le había perdido el miedo a enterrar una navaja sobre un pedazo de carne viva; le sucedió mientras veía colocar varillas en los pozos de tierra, dentro de sus labores. Su primera navaja la compró a los dieciséis, en una tienda que vendía artículos de cuero: botas, chalecos vaqueros y sombreros de piel. Comenzó acuchillando las bolsas de cemento antes de que fueran a ser abiertas en la obra.

Desde muy joven fue acumulando odio hacia su primo Víctor, quien había logrado estudiar y llegar a ser un profesional. Cuando Juliano se emborrachaba en soledad, lanzaba cuchilladas al aire imaginando que se las enterraba al enorme cuerpo de Víctor. A los dieciocho, vino su primera pelea callejera en la que navajó a un hombre. Pero nunca mató a alguien; en ninguna pelea enterraba el cuchillo para eso.

Ya con su reciente encargo como supervisor de obra, a veces batallaba para que los albañiles le hicieran caso, pero nunca consideró utilizar su navaja para resolver una disputa. Desde que había cumplido veinticinco años y luego de casarse, decidió mantener el arma dentro de una caja grande, con cosas viejas, lejos de su propio alcance. Pero un año después vino el incidente que ya no lo dejaba dormir. Y a las semanas llegó su mujer con la noticia: se encontraba embarazada.

Para Juliano, aquello podía ser una sentencia de muerte. Esa noticia, que para su primo Víctor hubiera podido ser la noticia más hermosa de la vida, la de ser padre, para Juliano más bien era como si lo desollaran vivo. De un solo tajo fue como comprendió que el hijo podía no ser suyo. Buena parte de la noche se mantuvo despierto, sin poder conciliar el sueño, acostado junto a su mujer, mirando las manchas de humedad en el techo y adivinando la vergüenza que le esperaba vivir el resto de su vida. A su esposa jamás podría perdonárselo, hasta no ven-



garse... “¿Y si el niño es mío?”, se preguntó. No sabía de pruebas de ADN, ni de divorcios, ni de rehacer su vida. Su disyuntiva era entre vivir con la vergüenza debajo de la piel, o no vivir.

Sin que su mujer, dormida, lo notara, Juliano se levantó en busca de la caja con cosas viejas y extrajo su navaja. Volvió a donde estaba ella (aún dormida), bajo las cobijas, y se recostó de lado, observándola, viendo cómo el cabello le cubría parte del cuello. Luego, sacó de debajo de la cobija su mano derecha y le rajó la garganta. Ella alcanzó a abrir los ojos, pero no pudo decir nada; su sangre bañó la cama. Juliano se levantó por pluma y papel para escribir: “No tuve de otra”. Volvió a recostarse sobre el colchón humedecido, boca arriba. Colocó la punta del cuchillo sobre el corazón, donde estuvo seguro había un hueco entre las costillas, y recargó las palmas de sus manos encima del mango. Apretó fuerte y lo enterró en su corazón.

Por la mañana, los padres de Juliano descubrieron los cadáveres y al día siguiente, los periódicos dieron la noticia. El hijo de la mujer de Juliano iba a ser de otro hombre.

SÍ TUVE DE OTRA: NO HABER IDO
OLGA DE LEÓN

-Nadie le enseñó eso. Lo aprendieron ella y él solitos, como se aprende casi todo en la vida cuando nada se tiene y todo hace falta. Sí, pero eso vale o es entendible para alguien que ha sufrido muchas carencias: no él ni ella.

-Pero, ¿por qué?, ¿por qué lo hiciste?
-Dicen lo que saben de leyes, de Derecho y de Psicología, que no hay individuo que pueda resistirse a la pregunta: ¿por qué?

-¿Lo sabría él?, o solo se le ocurrió preguntarlo así, por breve, por ser parco, directo, por tratar de no mostrar su enojo...

-No lo sé. La pregunta lastima, hier

la confianza que cualquiera suponga merecer. Le cayó a ella como balde de agua fría, sino como balde lleno de cubos de hielo. La congeló y la estremeció: más por todo lo que la pregunta callaba, que por lo que en realidad quería decir... o dijo... así; ...de esa forma.

Fueron días oscuros, amargos, la voz se le fue, la garganta se le secó por completo, mientras las lágrimas surcaban sus arrugas en el rostro marcándolas definitivamente. Y parecía que el corazón se le paraba, o se le aceleraba cual si se fuera a ir de una vez y para siempre. No se fue, no murió.

Quiso tomarse un respiro para razonar los hechos, los que ella cometió, como los que su acción disparó del otro lado hacia ella, como un boomerang que quisiera aniquilarla, provocarle suficiente vergüenza como para no poder verlo a la cara nunca más. Pasaron varios días así, con ese sentimiento como si fuera un puñal atravesado en la garganta, y una espada clavada en el pecho. Hasta que una madrugada reaccionó a una horrible pesadilla que le abrió, literalmente, le abrió los ojos, y lanzó un rayo de luz en su cerebro: ¡nada se había robado! Entonces, por qué fue tratada como ladrona.

La historia tenía que tomar otro rumbo, otro cariz, o ella moriría. Ya había perdido a los padres, muy joven; la familia se desgajó o resquebrajó desde entonces, a pesar de la simulación que sus miembros intentaban aparentar, para que nada fuera ni demasiado cruel, ni demasiado injusto. Pero, alguien tomó las cosas y nadie supo quién fue; fueron varios, al menos dos o tres. Unos a otros se preguntaron por ellas, como si ninguno supiera en dónde estaban o quién se había quedado con qué. Jamás, ella mostró su inconformidad, prefería seguir teniendo hermanos, aunque perdiera privilegios y cosas, mil veces eso, a perderlos a ellos.

Pero la vida es rara, suceden eventos

extraños que quedan fuera de toda lógica, pero suceden. Alguien los pone allí y, a veces, algunos se achican y no están a la altura de las circunstancias ni del legítimo reclamo: los padres fueron los mismos para todos, por tanto, sus cosas a todos les pertenecerían: es lo lógico, lo moralmente correcto.

Y, no obstante, las regresará, porque nada tomó para quedárselo, solo quiso salvarlas del olvido, del polvo, de más de veinte años de abandono, del riesgo de que se perdieran en el maremoto de ir por las sobras y restos que en la casa quedaban: ¡a quién le podían interesar más! A todos, seguramente; pero ella estuvo allí. No obstante, la vida, el amor fraterno, la familia, la convivencia, la unión: valen mucho más, al menos para ella.

Aquí están, soy yo, la misma de siempre, decía. Soy quien las tiene; y no me quedaré con ellas. Lo que tengo en mi recuerdo, en la memoria viva, en el corazón y el alma (receptáculos fantásticos) son los verdaderos tesoros, no las cosas, no unas cuantas fotografías. El amor que ella recibió de los padres, incluso la secreta predilección —real o imaginada—, siempre atribuida a su persona por el resto de la familia... eso, eso no tiene masa específica, no pesa, solo se lleva muy dentro y se acaricia en secreto para no levantar envidias.

-¿Qué pena!, ¡Cuánta tristeza y congoja inútil! -Si supieran cuánto los amo, -decía la mujer. -Cuanto más recelen de mi persona y de mis actos, condenada arbitraria e injustamente, más los comprendo y lamento haberles causado tal molestia, seguía diciendo la mujer que hacía más de un año estaba reclusa en aquella antesala.

-“Soy yo, insistía, soy la de siempre”: -como disco rayado decía una y otra vez: -la que jamás se ha quedado con algo ajeno. Aquí estoy, no me iré, solo las cosas regresarán al lugar donde estaban, y al que jamás debí haber acudido. L o s amo y, por siempre, los amaré...



Jane Austen

(16 de diciembre de 1775 – 18 de julio de 1817), escritora británica. Nació en Hampshire, Hants, Inglaterra. Jane asistió a la rectoría de Steventon, a pesar de ser un internado para varones, donde niños y jóvenes de la gentry recibían instrucción y se les preparaba para ingresar en la universidad.

Para continuar cultivando sus conocimientos Jane comenzó a pasar mucho tiempo en la biblioteca personal de su padre, la joven se volvió autodidacta. Poco a poco, fue conociendo la escritura y creó algunas piezas para divertir a su familia en los tiempos libres. Existe un registro de estas obras conservadas en tres cuadernos, estas fueron luego publicadas en: La historia de Inglaterra, Amor y amistad, El castillo Lesley y Catherine o el cenador. Cuando fue creciendo se convirtió en una dama bella y muy culta, situación que generaba que muchos hombres la pretendieran.

Jane Austen tuvo una relación amorosa con Tom Lefroy, pero esta no dio resultado y Jane decidió dedicarse a su trabajo literario. Para ese momento había realizado su obra, Elinor y Marianne. Posteriormente le siguió la obra llamada Primeras impresiones, luego titulada La abadía de Northanger. Esta obra al principio fue rechazada por una editorial.

En 1807 se mudaron con su hermano el capitán Frank Austen, vivieron en Southampton, uno de los puertos marítimos más importantes de Inglaterra.

Finalmente, luego de divagar de hogar en hogar, regresaron a su condado natal, a la campiña. En este lugar retomó sus trabajos literarios y pudo escribir con gran tranquilidad. De este agradable momento de su vida nació: Sensatez y sentimientos. Su hermano Henry que residía en Londres contactó al editor de The Loiterer, Egerton, con el fin de que publicara la novela de su hermana. Egerton aceptó, y así en noviembre de 1811, Sensatez y sentimientos, apareció publicada firmada bajo el seudónimo “Una dama”. Realmente fue todo un éxito en Londres.

Luego publicó, Sensatez y sentimientos. Con esta obra el furor comenzó, la gente hablaba sobre la identidad de tan talentosa escritora.

Fue finalmente Henry, quien en un momento de orgullo reveló que se trataba de su hermana. Jane Austen siguió escribiendo sin parar los siguientes años, salió a la luz, Mansfield Park en 1814.

Dos años después se publicó Persuasión, junto con La abadía de Northanger. Lastimosamente, su producción fue mermando a causa de su inexplicable debilitamiento.

Se llegó a indicar que verosíblemente padecía la Enfermedad de Addison, una afección de los riñones ocasionada por el bacilo de la tuberculosis.

Al ver su situación, ella misma optó por escribir su testamento, dejándole todo a su hermana.

Tras un largo suplicio, finalmente falleció la madrugada del 18 de julio de 1817, cuando tenía 41 años. Su cuerpo fue enterrado en la Catedral de Winchester. Tuvieron que pasar varias décadas para que su nombre fuera reconocido como una de las mejores escritoras de Europa.

ad pedem literae

“Piensa como piensan los sabios, mas habla como habla la gente sencilla.”

Aristóteles

Letras de buen humor

“Cuando se está enamorado, comienza uno por engañarse a sí mismo y acaba por engañar a los demás. Esto es lo que el mundo llama una novela.”

Oscar Wilde

Javier García-Galiano

Tramas musicales

Algo de música persiste en la literatura. No por azar existen los salmos, que no pueden reducirse a mera literatura. La “Íliada” invoca a la musa para cantar la cólera del Példida “Aquiles” y la “Divina Comedia” de Dante Alighieri está hecha de cantos. Ciertos poemas épicos se llaman la “Canción de Roland” y “Cantar del mío Cid”. Las modulaciones sonoras de cada idioma a veces hallan formas íntimas no sólo en la poesía.

No pocos escritores han recurrido, aunque sea sólo de nombre, a formas musicales como la sonata, la suite, la sinfonía. E. T. A. Hoffmann adoptó el nombre de Amadeus menos como una superstición que como una demostración de admiración. Algunos, como Eduard Mörike, Thomas Bernhard, Julian Barnes, han convertido a músicos en personajes literarios. Thomas Mann atribuyó algo de las teorías de Arnold Schönberg a Adrian Leverkühn, el protagonista de Doktor Faustus, en el que pueden reconocerse asimismo anécdotas y rasgos de Nietzsche. En un texto muy recomendable, incluido en “Cuaderno de música I”, Mario Lavista ha examinado el conocimiento que Sor Juana Inés de la Cruz tenía de teoría musical y de las aportaciones del monje benedictino Guido d’Arezzo, que pueden descubrirse en poemas como “Música” o los Villancicos de Asunción, por lo que considera “a Sor Juana como un ilustre miembro del honroso linaje de músicos que en la Edad Media (...) eran llamados musicus o músicos-filósofos, para distinguirlos del cantor o músico-intérprete. Para ella, la música es aún una de las dis-

ciplinas que conforman el quadrivium, y, por esa razón, capaz de contener toda una serie de implicaciones y posibilidades metafísicas: sólo así puede anhelar a ser la representación del universo y reflejo de la voluntad divina”.

En un poema, “Instrumento músico”, Luis Cernuda se preguntaba:

*Si para despertar las notas,
Con una pluma de águila
Pulsaba el músico árabe
Las cuerdas del laúd,
Para despertar la palabra,
¿La pluma de qué ave
Pulsada por qué mano
Es la que hierne en tí?*

Marsias, un texto de Luis Cernuda, fue el origen de una obra de Mario Lavista para oboe y ocho copas de cristal que cifran el reto musical de Marsias y Apolo. No es la única creación del lector Mario Lavista que procede de la literatura: convirtió Aura, de Carlos Fuentes, en una ópera con libreto de Juan Tovar, transformó Gargantúa, de Rabelais, en una suite para narrador, orquesta y coro infantil y la “Suite del insomnio”, de Xavier Villaurrutia, sobre todo un distico:

*la noche juega con los ruidos
copiándolos en su espejo de sonidos
adquirió otro eco en el cuarteto para
cuerdas Reflejos de la noche.*

También con Octavio Paz ha mantenido un diálogo natural que se inició en los años 80 del siglo pasado con Hacia el



comienzo para mezzosoprano y gran orquesta procedente de Vislumbres de la India y cuya manifestación musical reciente es Maithuna para dos sopranos y un pequeño ensamble de percusiones que tocan las mismas cantantes. Lavista considera que el erotismo en la poesía de Paz “pertenecer más al ámbito de lo sagrado que al mundo profano”.

Al escribir acerca de las “Versiones del Stabat Mater”, Mario Lavista advierte que la relación entre la palabra y el sonido, entre el texto y la música, “pertenecer más al mundo de los sueños y de la fantasía, y que se trata, en última instancia, de un diálogo con el que la poesía y la música, la palabra y el sonido, exploran sus mutuos misterios”.

Mario Lavista ha confesado que, como Sor Juana, sus composiciones religiosas como Stabat Mater, Missa Brevis, Salmo, abrevan de la idea medieval de la música como una de las disciplinas del quadrivium con la aritmética, la geometría y la astronomía; “constituía un cuerpo de conocimiento fundamental para el filósofo y el teólogo: sin la música, la comprensión de Dios y del alma

humana no podía alcanzarse”.

La noche del sábado pasado, 8 de diciembre, en la Sala Nezahualcóyotl, la OFUNAM, bajo la dirección de Ronald Zollman, y los Niños y Jóvenes Cantores de la Facultad de Música, cuya directora coral es Patricia Morales, estrenaron el Requiem de Tlatelolco que la UNAM le comisionó a Mario Lavista, que advierte que su “obra no tiene nada que ver con un panfleto. No me interesaba hacer una obra anecdótica, demagógica, de ataque a un gobierno. Lo que me pareció fundamental es tratar de hacer una obra de música que recuerde y conmemore la matanza de los estudiantes de una forma musical heredada desde la Edad Media”.

No es música fúnebre; es música religiosa que, como lo adivinaba Álvaro Mutis en un poema, “Homenaje. Después de escuchar la música de Mario Lavista”:

*No tiene signo este don de eternidad
que, sin pertenecernos, nos rescata
del uso y las costumbres,
de los días y del llanto,
del gozo y su ceniza voladora.*